Bauman, Zygmunt, *Múltiples cultural, una sola humanidad,* Katz Editores, Buenos Aires, 2008

Múltiples culturas, una sola humanidad*

"Múltiples culturas, una sola humanidad." He aquí un hermoso marco de pensamiento de nuestro orden líquido contemporáneo y de nuestro sumamente complejo, difícil, arriesgado y peligroso mundo. Nuestras ideas y las preocupaciones que sentimos por nuestras propias vidas y por las vidas de las personas que nos rodean se sitúan entre los dos extremos de ese marco. Muchas culturas: ésa es la realidad. Una sola humanidad es un destino, un propósito o una tarea ideales. Las múltiples culturas representan el pasado: es lo que hemos heredado de milenios de historia humana. La humanidad única es el futuro, como ya

* Esta conferencia tuvo lugar en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB), el 22 de marzo de 2004, dentro del ciclo "Fronteras".

predijera inicialmente Immanuel Kant, quien escribió hace más de doscientos años acerca de la unificación universal del género humano. Pocos leyeron entonces sus predicciones. Hace poco, sin embargo, se ha redescubierto aquel librito de Kant sobre el futuro de la humanidad y, de pronto, todo el mundo se ha interesado por él, lo que es todo un síntoma, toda una constatación de que la unión de la humanidad está bien presente en el actual orden del día político. Es un tema de palpitante actualidad cuya dimensión no deja de aumentar.

Existe, no obstante, un tercer (e invisible) elemento entre el de la multiplicidad de culturas, por un lado, y el de la humanidad única, por el otro. Es invisible, sí, pero también necesario. Ese elemento intermedio es la frontera. La frontera es lo que separa y, al mismo tiempo, conecta culturas. Hoy en día, estamos obsesionados por las fronteras. Es una paradoja: una paradoja en el plano lógico, pero no en el *psico*-lógico. Es una paradoja lógica porque, en un mundo como el nuestro que se globaliza con gran rapidez, las fronteras son cada vez menos eficaces. Y, al perder su eficacia, pierden también su importancia práctica. Pero, al tiempo que disminuye su importancia, adquieren

una significación creciente, hasta el punto de que tienden a estar sobresaturadas de significado. Es algo para lo que difícilmente podemos encontrar una coherencia lógica... Y, sin embargo, en el plano psicológico, apenas resulta paradójico, dado que, cuanto menos éxito tenemos a la hora de mantener intactas las fronteras que hemos trazado, mayor es nuestra obsesión por dibujarlas de nuevo una y otra vez. La realidad es que, actualmente, estamos obsesionados por trazar fronteras. Cuanto menos eficaces resultan, más obsesionados estamos. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo?

El gran antropólogo noruego Frederik Barth señalaba que las fronteras no se trazan para separar diferencias, sino, justamente, para lo contrario. Es el hecho de haber trazado la frontera lo que nos lleva a buscar activamente diferencias y a tomar viva conciencia de la presencia de éstas. Las diferencias son, pues, producto de las fronteras y de la actividad misma de la separación.

Todos y todas pertenecemos a la raza humana. Todos y todas somos humanos. Pero cada una y cada uno de nosotros es único y distinto a todos los demás. Las diferencias son infinitas. Si uno mira a su alrededor, no encontrará a ninguna

otra persona que sea exactamente como uno. No hay dos seres humanos idénticos en todo el planeta. Pero, generalmente, la mayoría de estas diferencias no nos importan. No nos impiden interactuar. Las pasamos por alto o las desdeñamos por poco relevantes. Sólo hay algunas que, en determinadas ocasiones y de forma repentina, llaman nuestra atención, nos molestan y nos producen cierta ansia por hacer algo al respecto, por convertir lo distinto en similar, por distanciarnos de aquellas diferencias, por eliminarlas a ellas o a las personas que las encarnan. Tanto esta actitud como la acción a que da lugar son sumamente selectivas. Se empieza trazando una frontera y, a continuación, la gente comienza a buscar razones que justifiquen la implantación de esa línea fronteriza. Es entonces cuando se aprecian y se señalan las diferencias entre uno y otro lado de dicha línea, las cuales adquieren, además, una significación realzada, pues justifican la frontera y explican por qué debe mantenerse intacta.

Pero ése no es más que el principio de la respuesta. El paso siguiente sería preguntarse: ¿qué clase de diferencias están adquiriendo importancia debido a las fronteras que tendemos a trazar y a proteger en la actualidad?

¿Qué tipo de fronteras son las que hoy nos obsesionan?

Nuestra actual obcecación con las fronteras es el resultado de una vana esperanza: la de poder garantizarnos una protección auténtica frente a riesgos y peligros de toda índole, la de poder aislarnos de amenazas vagamente definidas o sin nombre, de las que el mundo en el que vivimos parece hallarse saturado. En resumidas cuentas, podría decirse que nuestra presente obsesión por las fronteras proviene de la desesperanza de nuestras esperanzas o, lo que es lo mismo, de nuestros intentos desesperados por dar con soluciones *locales* para problemas producidos *globalmente*, pese a que tales soluciones no existen ni podemos encontrarlas. Los problemas globales sólo pueden tener soluciones globales. Pero éstas han estado, hasta el momento, fuera de nuestro alcance.

Todas las herramientas de acción colectiva creadas a lo largo de la historia han sido locales y su alcance máximo coincide con las fronteras del Estado nacional. No disponemos de ningún instrumento de acción colectiva eficaz por encima de ese nivel. El problema, sin embargo, es que el poder real, el poder para hacer cosas y para hacer que se hagan, se ha evaporado de

esas instituciones locales. En nuestro mundo, cada vez más globalizado, hay política local sin poder y poder global sin política (o sea, un poder sin limitaciones políticas). Tras doscientos o trescientos años de historia moderna, de convivencia muy estrecha (a veces amistosa, a veces tormentosa) entre el poder y la política en el seno del Estado nacional, hoy se ha producido un divorcio. Nos vemos obligados, por lo tanto, a usar las únicas herramientas de acción colectiva eficaces de las que disponemos, que son herramientas locales, con la esperanza de que, de algún modo, nos protejan de los peligros desbocados, desenfrenados e impenetrables de los poderes globales que no controlamos. Sufrimos la incertidumbre, los miedos y las pesadillas que emanan de procesos sobre los que carecemos de control, de los que únicamente tenemos un conocimiento muy parcial y que –nos tememos– somos demasiado débiles para dominar.

Todo se reduce a una vaga sensación de inseguridad. La imprecisión de las amenazas nos lleva a sobrecargar las fronteras con una tarea que éstas no pueden acometer. Se espera de ellas que reduzcan o eliminen una inseguridad sobre cuyas fuentes no tenemos

poder alguno. Cuando hablo de "inseguridad", pienso en un fenómeno más amplio, que queda mejor definido por el término alemán *Unsicherheit*. Para traducir el significado de *Unsicherheit* en toda su plenitud son necesarios tres conceptos: incertidumbre, inseguridad y ausencia de protección. La palabra "precariedad" también recoge y plasma la complejidad de nuestros miedos: la sensación de caminar sobre una superficie tambaleante, la fragilidad y la indefinible duración de nuestras condiciones, que se evidencian en casi todos los aspectos de nuestras vidas.

De pronto, desaparecen aquellas empresas a las que hemos dedicado muchos años de nuestra vida laboral: empresas que quiebran o son engullidas por otras más grandes (que también devoran los empleos que aquellas otras nos ofrecían anteriormente). También se desvanece de repente la anterior demanda de habilidades y aptitudes como las nuestras, y eso después de tanto esfuerzo para adquirirlas, para aprenderlas, para obtener un título universitario del más alto nivel, para atestiguar que las teníamos. Ahora, sin embargo, son otras aptitudes distintas las que tienen demanda: habilidades de las que no tenemos siquiera las nociones

básicas. Y tenemos que volver a empezar de cero porque todo lo que hemos aprendido con anterioridad ya no sirve.

También las relaciones humanas son ahora frágiles, transitorias, fáciles de romper. Sólo están vigentes "hasta nuevo aviso"; ya no rige el "hasta que la muerte nos separe". Duran lo que dura la satisfacción que brindan a las personas relacionadas. Y si la primera persona en sentirse insatisfecha es nuestro compañero o nuestra compañera, nos tocará a nosotros (a usted o a mí) estar solos. Esto es algo que sabemos bien; de allí que tener una relación, relacionarse con otras personas, se convierta en una experiencia ambivalente y traumática. En este mundo nuestro, líquido e impredecible, necesitamos urgentemente amigos dedicados, compromisos firmes, la certeza de que nos puedan tender una mano cariñosa en caso de apuro: necesitamos más que nunca vínculos fiables con otras personas. Pero, por otra parte, y por esa misma "liquidez" de nuestro mundo, siempre podemos temer –consciente o inconscientemente– que si asumimos un compromiso demasiado firme, si nos atamos a otra persona incondicional y permanentemente, nuestros lazos acaben siendo no un valor, sino una carga: cuando surjan

nuevas oportunidades, no seremos capaces de aprovecharlas.

Miremos en la dirección en que miremos, siempre nos encontramos con la misma historia. Todo cambia. No sabemos cuál es la fuerza motriz que hay tras esos cambios. Sospechamos que las causas se hallan ocultas en un lugar muy lejano, en el espacio global: un lugar que no acertamos a entrever y cuyo funcionamiento desconocemos, aun cuando padezcamos sus consecuencias. Toda esa frenética actividad de trazado de fronteras va dirigida contra esta inseguridad.

Así pues, ya que el mundo exterior es inseguro y no podemos desactivar los peligros que de él emanan, encerrémonos a cal y canto y vallémonos frente a sus efectos patológicos. Rodeémonos de cámaras de televisión por circuito cerrado, de agentes de inmigración en las fronteras y de perros especialmente adiestrados que conviertan en sospechosa a toda persona que se desplace de un lugar a otro y sometan a todos los pasajeros a los controles y las comprobaciones destinados originariamente a los delincuentes y los terroristas. Compremos y coloquemos más cerraduras de alta seguridad para nuestras puertas. Contratemos a más

vigilantes armados para proteger la parte de la ciudad en la que vivimos e impedir la entrada en ella a los extraños. Tal vez todas estas cosas –esperamos contra toda esperanza– sirvan de muro de contención frente a esa inseguridad que –según presentimos– se desborda desde la frontera exterior de nuestro país o de nuestra comunidad local, o desde el umbral mismo de nuestro hogar, e impidan que se filtre hacia el interior. Es, repito, una esperanza vana. Nada de eso evitará que las empresas y los empleos desaparezcan. Tampoco evitará que nuestros ahorros para la vejez se disipen de un día para otro. Ni detendrá el proceso por el que las habilidades que tienen demanda un día dejan de tenerla al día siguiente. No hará, en definitiva, que los seres humanos seamos más fuertes y fiables.

Cuando yo estudiaba, y hablo de medio siglo atrás, me enseñaron que Jean-Paul Sartre aconsejaba que construyéramos (y nos ciñéramos a) un *projet de la vie* para el resto de nuestros días: un proyecto de vida para toda la duración de ésta. En cuanto uno tiene ese "proyecto de vida", me explicaban, sabe exactamente qué hacer, paso a paso, tanto hoy como mañana, el mes que viene, el año siguiente y el año después

del siguiente. Uno cuenta así con una vía prediseñada, fija, consistente, que le conduce a esa imagen ideal que quiere convertir en realidad.

Ése, sin embargo, es un consejo que a mis colegas más jóvenes les parece hoy irrisorio... ¿Quién planifica ahora para el resto de su vida? Luc Botanski y Eve Chiapello, dos sociólogos franceses que destacan por su gran perspicacia, escribieron un libro, *Le nouvel esprit du capitalisme*,* en el que describen el mundo contemporáneo como una *cité par projets*. La *cité* (que, en francés, viene a significar una polis, una sociedad, una comunidad... cualquier colectivo integrado de seres humanos) se mantiene unida gracias a una red de proyectos. Nosotros nos movemos de un proyecto a otro. Cada uno de ellos es a corto plazo; ninguno garantiza el éxito de por vida. Quienes investigan las condiciones laborales contemporáneas advierten que "valemos lo que vale nuestro último proyecto". Y el recuerdo de nuestro último proyecto, o de nuestro último éxito, no dura mucho. Los logros no se acumulan. Hay que seguir moviéndose de un proyecto a otro.

* Trad. esp.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002. [N. del T.]

La vida está cortada en una serie de episodios "incongruentes" apenas conectados entre sí.

Otra de las cosas que aprendí en mis años de estudiante provenía de uno de los fundadores de mi disciplina: Émile Durkheim. Los placeres fugaces, fluctuantes y efímeros son demasiado volátiles, caprichosos y pasajeros como para construir una vida feliz sobre ellos, pero, *por fortuna* (decía él), existe una realidad eterna, permanente, estable y sólida por encima de nosotros: la sociedad, que nos sobrevive a nosotros y a nuestros placeres perecederos. Así pues, según Durkheim, podemos dar más felicidad y sentido a nuestra vida si invertimos en esa totalidad perdurable e indestructible. Oí esto por primera vez hace cincuenta años y, desde entonces, ya he vivido tres o más tipos distintos de sociedad, no porque me haya mudado de un lugar a otro, sino porque las propias sociedades han mudado. El único elemento estable que parece haber conectado esos diversos estadios de mi existencia ha sido precisamente esa irrisoria vida breve, individual, física y mortal que Durkheim despreciaba.

Todo esto contribuye a explicar nuestra obsesión por las fronteras y la razón de que esa obsesión difícilmente pueda alcanzar su supues-

ta finalidad: eliminar el temor a la inseguridad que carcome nuestra vida social. En plena Segunda Guerra Mundial, Franklin Delano Roosevelt evocó la hermosa imagen de un mundo futuro liberado definitivamente del miedo. Todavía estamos muy lejos de ese mundo. Nos encontramos, en realidad, al principio mismo del camino.

Alain Peyrefitte ha sugerido que los avances espectaculares de la era moderna se debieron a tres clases de confianza. En primer lugar, a nuestra propia confianza en nosotros mismos: si aprendo las habilidades correctas, si pienso con detenimiento, si doy de mí lo que debo dar, puedo hacerlo. También se debieron a nuestra confianza en otros seres humanos: los seres humanos, como colectivo, pueden hacerlo, igual que cada uno de nosotros puede hacerlo a nivel individual; son seres racionales que aunarán esfuerzos para crear un mundo digno en el que todos podamos vivir. Y, por último, los avances de la modernidad se debieron también a la confianza en las instituciones, en las instituciones sociales, ya que se entendía que, en el tiempo que transcurriera entre el momento de la planificación y el de la puesta en práctica, aquéllas no variarían, se mantendrían igual. Eso nos

permitía pensar con antelación, con mucha antelación incluso. Podíamos confiar en las instituciones y en las reglas del juego que esta gran sociedad creó en su momento y protegía desde entonces. Pues bien, esos tres tipos de confianza son hoy mucho menos comunes; actualmente, vienen acompañados de grandes signos de interrogación. No puedo fiarme sin reservas de mis habilidades y de mis conocimientos porque envejecen muy rápidamente, y no puedo estar seguro tampoco de que seré capaz de resistir las mareas adversas de cambios desconocidos e imprevisibles. De la confianza en otras personas –como tan vívidamente muestra la obsesión por las fronteras– poco queda ya. Y, por supuesto, también se ha perdido la confianza en la longevidad de las instituciones sociales desde el momento en que éstas empezaron a cambiar con gran rapidez, sin previo aviso y, en ocasiones, de forma bastante desagradable. Hoy en día, esa confianza huérfana busca desesperadamente un refugio seguro en el que anclar… y no puede hallar ninguno. Es una confianza errante, una confianza sin ataduras ni hogar, sin un domicilio fidedigno.

Si pretendemos seriamente abordar los problemas que atormentan el planeta en que vivimos,

si queremos (entre otras cosas) curar o, cuando menos, paliar nuestra obsesión por las fronteras –por separar, por segregar– y las consiguientes enemistades que esto produce, tenemos que hacer algo respecto de la piedra angular de todos esos contratiempos: tenemos que reducir (cuando no eliminar por completo) el miedo y la inseguridad.

Trataré de poner un ejemplo trayendo a colación apreciaciones y sugerencias bastante generalizadas sobre la experiencia de la vida urbana contemporánea. Pensemos que, a fin de cuentas, la mayoría de nosotros pasamos toda nuestra vida en las ciudades. Más de la mitad de la humanidad vive actualmente en la ciudad y el resto se ve sometido a un rápido proceso de urbanización o al influjo del estilo de vida urbano.

Esas ciudades en las que vive (o pasa la mayor parte de su vida) más de la mitad de la humanidad son los lugares en los que convergen los resultados de los caóticos e incontrolados procesos de la globalización. Tres de esos resultados son de especial importancia a la hora de conformar las condiciones de inseguridad por las que se caracteriza la vida contemporánea.

Para empezar, nuestras ciudades son vertederos de problemas que se producen a nivel global: la contaminación del agua o la atmósfera, el calentamiento del planeta… todos éstos son productos globales, efectos secundarios de la naturaleza caótica del proceso globalizador. Pero son las autoridades municipales y los residentes urbanos los que tienen que ocuparse de hacer el aire respirable y de fabricar agua para beber, y los que tienen que defender las condiciones de vida en la ciudad frente a los peligros que se desprenden de los cambios climáticos. Las migraciones masivas de personas por todo el mundo (el número de emigrantes económicos sin techo, de solicitantes de asilo, de refugiados, no deja de incrementarse) son también un producto de los procesos globalizadores; todas esas personas acaban yendo a parar al interior de la ciudad en búsqueda de condiciones de vida soportables, por lo que la provisión de tales condiciones acaba siendo una labor que recae sobre la propia ciudad y sus habitantes.

En segundo lugar, la ciudad se erige en el principal campo de batalla en el que se enfrentan, luchan y buscan reconciliación la libertad y la seguridad, dos valores supremos e indispensables en toda vida que merezca la pena ser vivida.

Y, en tercer lugar, la ciudad se convierte hoy en el principal laboratorio en el que se buscan, se diseñan, se experimentan y se ponen a prueba soluciones locales a problemas globales. Ahora bien, al mismo tiempo, la ciudad ofrece la clase de entorno más propicio para la adquisición de habilidades, artes, capacidades y hábitos que pueden ser de enorme ayuda a la hora de confrontar, abordar y quizás hasta resolver esos problemas globales justo donde deberían ser tratados: en la escena global. Las ciudades son laboratorios en los que se desarrollan las formas y los medios para la convivencia humana pacífica y para el diálogo y el entendimiento transculturales.

Las ciudades fueron siempre lugares donde vivían juntas personas extrañas. Eso es, en el fondo, lo que define a la ciudad: el lugar donde los extraños conviven permanentemente manteniendo sus diferencias y sin dejar de ser extraños unos para otros. Cada vez que caminamos desde nuestra casa hasta nuestro lugar de trabajo (o hasta una tienda o un cine), nos encontramos con centenares de personas que son unas perfectas extrañas para nosotros y que continuarán siéndolo tras nuestro breve encuentro. Por esa razón, la vida urbana siempre

ha evocado sentimientos contradictorios. Una de tales contradicciones era la establecida entre lo que podríamos denominar "proteofilia" y "proteofobia"; otra era la que contraponía la "mixofilia" a la "mixofobia".

Los términos "proteofilia" y "proteofobia" hacen referencia al mítico Proteo, a quien los poetas antiguos atribuían la prodigiosa capacidad de cambiar permanentemente de identidad y de aspecto a su voluntad. Proteo ha sido desde entonces un símbolo del cambio rápido, drástico y radical. El término "proteofilia" sugiere deseo de cambio, fascinación por el cambio, disfrute con el cambio. Las ciudades ofrecen esa clase de variedad, de mutación constante, de oportunidad de aventura: ahí ha radicado siempre la atracción magnética de la ciudad. La gente del campo acudía a la ciudad huyendo de la rutina gris, del tedio, del aburrimiento de la vida rural, donde todo el mundo conocía a todo el mundo y donde ese mismo conocimiento mutuo significaba que nadie sorprendía ya a nadie y que había poca esperanza de un imprevisto que pudiera romper con la continua repetición de lo mismo. Como rezaba una expresión alemana medieval, *Stadtluft macht frei*: el aire de la ciudad nos hace libres.

Eso significa que podemos escoger entre la multitud de cosas interesantes diferentes que pueden suceder en ella. Por otra parte, sin embargo, vivir en medio de ese flujo de cambios genera también una reacción opuesta: la de la proteofobia. En ese caso, nos sentimos amenazados y en peligro. No sabemos qué puede suceder ni qué cabe esperar. No podemos asegurar si la misma tienda seguirá estando ahí, en la misma esquina, cuando volvamos la próxima vez; cuando vamos a un supermercado, las probabilidades de que nos encontremos dos veces con el mismo dependiente son mínimas; la posibilidad de que hablemos dos veces con el mismo asesor técnico de la empresa a la que le hemos comprado nuestro coche o nuestro televisor, o con la que tenemos contratado nuestro servicio de Internet, es prácticamente inexistente. Éste es un mundo fluido. De ahí que sea probable que la experiencia de vivir en la ciudad transmita señales contradictorias y continúe siendo ambivalente. Y la ambivalencia tiende a ocasionar una gran dosis de ansiedad.

Algo similar podría decirse de la mixofilia y de la mixofobia. Mezclarse con extraños tiene sus placeres: puede ser algo emocionante y sumamente entretenido. Por eso va tanta gente

a los bares, las discotecas, los restaurantes y otros lugares públicos. Allí vemos a personas que son diferentes y actúan de forma diferente. Allí vivimos experiencias interesantes y, de paso, aprendemos algo. Pero, por otra parte, el hecho de estar rodeados de extraños puede también constituir una experiencia desalentadora, incluso aterradora. Muchas personas recuerdan haber vivido algún que otro momento de espanto al verse súbitamente inmersas en una multitud, rodeadas de rostros extraños, sin conocer a nadie. Cuando visitamos lugares desconocidos, queremos ahorrarnos esa clase de momentos; así, cuando hacemos turismo, procuramos ceñirnos a los recorridos limitados y protegidos que se ofrecen para uso de los turistas. No nos mezclamos con la población local. Si coincidimos con personas del lugar, suele ser con los camareros, con las mujeres de la limpieza del hotel y con los comerciantes de los bazares.

Esas dos parejas dicotómicas de conceptos –mixofilia/mixofobia y proteofilia/proteofobia– encarnan a su vez la dicotomía entre los dos valores a los que ya se ha hecho referencia: la libertad y la seguridad. Los valores de libertad y seguridad son importantes para una vida humana completa, significativa y relativamente

feliz. Ahora bien, el problema radica en que, si bien se necesitan mutuamente, resultan difíciles de reconciliar y equilibrar, por lo que, a menudo, chocan entre sí y entran en conflicto. Hace setenta años, Sigmund Freud –en su libro *El malestar en la cultura*– atribuyó la infelicidad de las personas civilizadas de su época a que sacrificaban demasiada libertad de elección individual en aras de una mayor seguridad. Si Freud escribiera su libro hoy en día, probablemente insistiría en el conflicto entre libertad y seguridad, pero invertiría las causas de la infelicidad y diría que la infelicidad de las mujeres y los hombres contemporáneos se debe a que éstas y éstos han cedido demasiada seguridad a cambio de obtener una cantidad cada vez mayor de libertad. Cuanto más nos movemos en una dirección, más dolorosamente sentimos la ausencia del otro valor. La ciudad es el territorio en el que las personas intentan –una y otra vez– alcanzar el equilibrio correcto entre ambos valores.

Hay cierta tendencia a expandir el ámbito de la libertad dotando a las ciudades de más espacios públicos en los que las personas extrañas puedan encontrarse y, cuando menos temporalmente, entrar en interacción, hablar unas

con otras y, en algunos casos, entablar amistad y establecer relaciones más o menos duraderas. Podríamos decir que esto es mixofilia y proteofilia en plena acción, y que su resultado es una mayor libertad. Pero, por otra parte, también existe cierta tendencia a mantener las distancias, a construir muros, a trazar fronteras, a fomentar la separación espacial. Esta última propensión es más pronunciada en los Estados Unidos, aunque cada vez resulta más visible en los países europeos. Se trata de la tendencia a dividir la ciudad en un conjunto de guetos voluntarios e involuntarios. Por una parte, están las llamadas "*gated communities*" (o vecindarios de acceso restringido), donde quienes pueden permitírselo se ocultan en el interior de un territorio estrechamente vigilado, rodeados de guardias armados en alerta durante las veinticuatro horas del día para impedir la entrada de extraños. Si usted no puede permitirse comprar su billete de entrada a uno de esos vecindarios protegidos, al menos, cómprese una buena cerradura para su puerta, alarmas antirrobo y cámaras de circuito cerrado de televisión para mantener alejados a los extraños. O únase, para ese mismo fin, a su grupo local de voluntarios en labores de "vigilancia en las calles". Sin

embargo, también están los guetos involuntarios, que no dejan de extenderse y a los que se ven arrojadas multitud de personas a las que nadie ha pedido permiso para ello y que están allí, no porque quieran, sino porque no se les permite salir. Aplicada a ciertos barrios especialmente "duros" de la ciudad, la expresión "zonas peligrosas" tiene significados distintos para quienes viven fuera de ellas y para quienes viven en ellas. Para los primeros, significa "mejor no entro allí", "me mantendré alejado". Pero para quienes están dentro de una de esas "zonas peligrosas", significa "no *puedo* salir", "no me *permiten* marcharme de aquí".

En su profecía sobre la inminente guerra entre civilizaciones, Samuel Huntington da a entender que es imposible reconciliar civilizaciones que son marcadamente diferentes. No pueden convivir en paz. No obstante, esa afirmación tan genérica y abstracta, esa profecía catastrofista de Huntington, se ve traducida en todas las ciudades (incluida Barcelona) a nuestra experiencia del encuentro, cara a cara, con personas concretas. Éstas tienen ciertamente un aspecto diferente y se comportan y se visten de manera distinta, pero están cerca, próximas a nosotros, en nuestras inmediaciones. A veces,

viven incluso en la misma casa en que vivimos. Cuando las encontramos, ellas actúan en calidad de personajes con funciones diversas: no como personificaciones andantes de una inminente guerra de civilizaciones, sino como tenderos, camareros, obreros, compañeros de trabajo en la misma fábrica en la que trabajamos, vecinos que viven al lado de nosotros, padres de compañeros de colegio de nuestros hijos… y así van siendo transferidos, lenta pero inexorablemente, de la categoría abstracta de una "civilización extranjera" a la categoría de seres humanos individuales. La capacidad de convivencia es así puesta a prueba en la práctica e, imperceptiblemente, nuestros temores a "lo desconocido" comienzan a disiparse. Los aterradores extranjeros resultan ser simplemente seres humanos normales y corrientes que desean las mismas cosas que nosotros y temen lo mismo que nosotros tememos. Algunos de ellos son simpáticos, otros son desagradables, pero así es también el resto de la gente. Todas las personas son simpáticas o desagradables.

La ciudad es el laboratorio donde se pone en práctica y se desarrolla el arte de la convivencia diaria y pacífica con la diferencia. Trasladado o transferido desde ahí hacia el espacio planetario,

ese arte y sus hábitos asociados podrían ayudar a desarrollar las habilidades que tan imperiosamente necesitamos para hallar un lenguaje común y emprender un diálogo entre distintas poblaciones, naciones, razas y civilizaciones del planeta. La tarea que se nos presenta podría dejar de parecer tan imponente y sobrecogedora: podría transformarse paulatina, pero constantemente, en una finalidad realista cuya consecución esté a nuestro alcance. Por otra parte, sin embargo, como señaló Richard Sennett (uno de los más sagaces sociólogos actuales) al estudiar la experiencia estadounidense, la tendencia a "purificar" nuestro entorno inmediato y a restringirlo a personas que sean "como nosotros" –a moverse exclusivamente entre "personas similares"– es una forma de evitar fijarnos más a fondo los unos en los otros. Es una manera de rehuir el desafío de la diferencia. Sennett también descubrió que, cuanto mayor es la presencia de la segregación, cuanto más uniforme es el entorno, menos capaces son sus habitantes de enfrentarse a la realidad de las diferencias humanas. Todo un círculo vicioso, ciertamente.

Madeleine Bunting, una brillante periodista inglesa, escribió en *The Guardian*, a raíz de la

reacción pública de indignación de la población española por el atentado terrorista en la estación de ferrocarril de Madrid, que aquello resultaba sumamente alentador: una reacción verdaderamente humana, tan diferente, tan prometedora. Lo que Bunting decía en aquel artículo –titulado "Thank you, Spain"– es que las imágenes que hemos visto en Madrid y en otras ciudades españolas ofrecen dos escenarios alternativos de lo que la ciudad podría significar en el siglo XXI: ¿un lugar de *terror* donde el extraño sea alguien a quien temer y de quien desconfiar? ¿O un escenario de decidida *solidaridad* entre extraños? Bunting admiraba y elogiaba aquel "mar de manos que agitaban mensajes escritos a toda prisa y en los que se podía leer una palabra que lo dice todo: esa palabra era 'No'. 'No' al terror, que significa 'sí' a la solidaridad".